

Conversación 5
VISITA A WRIGHT
(O ACERCA DE LA ARQUITECTURA DEL FUTURO)

Taliesin (Wisconsin), 15 de noviembre.

Vine a esta áspera y fría región sólo para conocer personalmente al viejo arquitecto Frank Lloyd Wright. Los yanquis, compatriotas suyos y míos, lo admiran poco y lo quieren todavía menos, quizá porque tiene el valor, inconcebible en esta nación, de declararse enemigo de las grandes metrópolis y de los rascacielos. Y es precisamente a esa clase de hombres, de los que combaten a la imbecilidad universal, a los que yo procuro conocer, de modo que he realizado un largo e incómodo viaje para encontrar a Wright.

Apenas supo que lo buscaba me invitó a tomar el té en su escuela. Estaba solo. Es un anciano alto, andará por los ochenta años, de aspecto sano, hombre resuelto, muy serio, de ojos vivaces en los que brilla un malicioso orgullo. Me habló así:

"Ya que procura verme sabrá sin duda, por lo menos aproximadamente, cuáles son las ideas básicas de mi revolución arquitectónica. Todo lo que los arquitectos han hecho hasta hoy, con muy pocas excepciones en el Medievo y en el Japón, ha sido un ridículo error. Es preciso renunciar y suprimir todo lo que se superpone a la naturaleza, lo que es fruto de la vanidad y de la estupidez del hombre: las fachadas, las moles, las simetrías, el gusto, el fasto, la ornamentación, la grandiosidad, la ostentación, la acumulación, el edificio que tiene por objeto causar un estupor estético, la ciudad destinada a la convivencia sofocante y gregaria. Todo lo que deforma, enmascara y sobrepasa a la naturaleza, es un delito. Si usted acepta el parangón, yo vengo a ser el Rousseau de la arquitectura.

Mis edificios se insertan hábil y amablemente en el ambiente natural y agreste, inspirándose en las creaciones naturales; he hecho una casa que se parece a un bosque, otra que imita a un pájaro con las alas desplegadas.

Pero ahora quiero adelantarme aún más, como solía cantar mi viejo amigo Walt Whitman. La arquitectura, incluso tal cual yo la entiendo, no es más que un aditamento a la naturaleza, una violación impertinente y parasitaria del paisaje. El género humano debe cesar ya de obstaculizar y de afear los santos y libres campos con sus desmañadas construcciones de piedra, de hierro y de cemento. Y tenga presente que en esta condenación no exceptúo ni siquiera a mis construcciones del pasado. De ahora en adelante es preciso buscar las habitaciones del hombre en la naturaleza misma, donde existen desde antes, prontas y hospitalarias: bastarán unos pocos retoques y algunas adaptaciones. Una cueva montañesa alisada y ampliada, un antro acomodado con oportunos trabajos, una bella caverna provista de las comodidades indispensables, una grieta razonablemente ajustada, el cráter de un volcán apagado bien dispuesto con di visiones de lava, una gruta espaciosa repartida sabiamente con muros secos, de roca, el cálido hueco del tronco de un árbol gigante y secular; he ahí las moradas de hace cien siglos, he ahí las moradas del futuro. Hasta ahora admiré a los medievales y a los japoneses, hoy en día ya los rechazo y solamente admiro a los divinos primitivos, a los geniales paleolíticos y neolíticos. Los rascacielos son un insulto lanzado a la naturaleza, o sea a Dios; las cavidades naturales, insertadas de tal modo en la naturaleza que formen parte natural de la misma, son las únicas habitaciones perfectas, porque significan

nuestra renuncia total a la jactancia humana que quiere levantar moles de murallas, enfáticas y superfluas, sobre la sagrada virginidad de los prados, de los bosques y de las montañas.

Y es usted la primera persona a la que revelo el último y definitivo progreso de mi revolución arquitectónica. La verdadera arquitectura, la arquitectura del futuro, de acuerdo a mi juicio, consiste en la supresión de toda forma de arquitectura. Mi revolución debía desembocar, lógicamente, en la destrucción de la arquitectura. A partir de ahora el arquitecto no será mas que el descubridor y ajustador de las grutas y las cavernas. La vieja arquitectura ha muerto... ¡viva la arquitectura eterna!

Apenas cesó de hablar, el viejo Frank Lloyd Wright comenzó a reír calladamente; era una risilla sarcástica que hacía ver una especie de doble teclado en los que había teclas de marfil antiguo y de oro nuevo. Luego me sirvió una segunda taza de té y me ofreció un bizcocho duro. Pero no quiso decir una palabra más sobre sus teorías. Finalmente, sus ojos me dijeron con toda claridad que deseaba estar solo.